

# La política global en el capitalismo informacional: la soberanía, el poder y la democracia ante el ascenso de las dinámicas transnacionales

## *Global Politics in the Informational Capitalism: Sovereignty, Power and Democracy in the Face of the Rise of Transnational Dynamics*

Julio Alejandro de Coss Corzo\*

### **Resumen**

El proceso de globalización ha modificado activamente el ejercicio político en los niveles global, regional, nacional y local. Es necesario comprender que éstos se encuentran entrelazados y que existen estructuras, si bien emergentes, también determinantes para la lógica contemporánea del poder y la dominación. En este artículo se analizarán algunos procesos complejos que dan forma a la dinámica política global. En ellos se entrelazan la tecnología, la economía, el poderío militar, científico y comunicacional. Será en una escala transnacional, y por tanto global, que esta lógica será más fácilmente retratada. Este análisis nos llevará a reconsiderar el rol del individuo ante las estructuras contemporáneas del poder.

**Palabras clave:** poder, soberanía, democracia, redes, complejidad, riesgo, Estado, globalidad, relaciones internacionales.

### **Abstract**

The globalization process has actively modified the political exercise on global, regional, national and local levels. It is necessary to comprehend that these are intertwined, and that there are also emerging structures that determine the contemporary logics of power and domination. In this article, some of the complex processes that shape global politic dynamics will be analyzed. In them, technology, economy, military, scientific and communicational power are interwoven. It is in a transnational, and there-

\* Licenciado en Relaciones Internacionales por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Diplomado en Comunicación y Filosofía por la Facultad de Estudios Superiores-Acatlán de la misma institución. Actualmente, se desempeña como jefe del Departamento de Asia-Pacífico, APEC y OMC en la Secretaría de Energía. Correo electrónico: alejandro.decoss@gmail.com.

fore global, scale that this logic will be best depicted. This analysis will lead us to reconsider the role of the individual before the contemporary power structures that exist.

**Keywords:** power, sovereignty, democracy, networks, complexity, risk, State, globalism, international relations.

## Introducción

En este artículo buscaremos identificar los organismos, instrumentos y mecanismos que ejercen de manera efectiva el poder global. A través de ello, intentaremos dar una explicación concreta, completa y coherente a las dinámicas que caracterizan las formas de dominación que se presentan en el proceso de globalización en el marco del sistema capitalista contemporáneo.

Comenzaremos por exponer de qué forma la biopolítica y el biopoder se convierten en dos mecanismos necesarios para comprender y ejecutar la dominación capitalista a nivel global. En ello es esencial el rol del riesgo como proceso y suceso social. Consideramos que estas técnicas de poder funcionan como un movimiento político sincrónico a la dominación ejercida a través de la represión y la disciplina. De esta forma, sostenemos que, a la par y haciendo uso de la emergencia de las técnicas de producción biopolítica y de biopoder, ha habido una transición de un Estado de bienestar a otro, fundamentado en la noción de la guerra permanente y del enemigo ubicuo, denominado *warfare-State*. Analizaremos las transformaciones del Estado en la era global, buscando hacer énfasis en los procesos que le legitiman y en los mecanismos, los procesos y las técnicas que le sustentan. Además, consideraremos el rol que tienen los medios de comunicación, la información como proceso y el conocimiento como creación.

Posteriormente, expondremos la forma en la cual las estructuras políticas y económicas hegemónicas globales se entrelazan. Consideramos que ahí es en donde la soberanía y el poder se sitúan, reconfigurando su relación. Ello nos llevará a conformar un análisis sobre la nueva estructura global del poder institucionalizado. A través del análisis de las modificaciones en la concepción de soberanía y tomando en cuenta el análisis previamente realizado, referente al biopoder, la biopolítica, el Estado y los medios, buscaremos dar un panorama sobre dicha estructura.

Concluiremos este artículo exponiendo el estado actual de la democracia a nivel global. Aludiendo a la crisis que se presenta, pretenderemos señalar, de manera somera, algunas prácticas que permiten pensar en términos teóricos sobre el futuro de la soberanía, el poder y la democracia a nivel global en los albores del siglo XXI.

## **El poder en la era global: tecnología, estructura y legitimidad**

La forma primaria del poder que hoy sostiene al capitalismo se ejerce sobre la unidad más básica del sistema: el individuo. La producción biopolítica del mismo es el fundamento de la dominación y la explotación que continúan caracterizando al sistema económico que nos rige. Sin ella, resultaría impensable encontrar las estructuras de poder que caracterizan a la era global.

Es Michel Foucault quien, en el volumen primero de su *Historia de la sexualidad*, introduce los conceptos de biopoder y biopolítica. Ambos son esenciales en la comprensión de la estructura del sistema global que hoy se nos presenta. En primer lugar, cabe recuperar la construcción que realiza del concepto de biopoder. En breve, podríamos decir que éste se da cuando “el viejo derecho de hacer morir o dejar vivir fue remplazado por el poder de hacer vivir o de arrojar a la muerte”.<sup>1</sup> Un ejemplo provisto por el mismo autor puede ayudar a clarificar esto. Al referirse a la guerra nuclear, o a su potencial suceso, afirma que es precisamente el poder de condenar a una población a la muerte general el reverso del poder de garantizarle a otra su supervivencia. Así, lo que se presenta en el fondo de estas relaciones ya no es más la existencia de conceptos jurídicos como la soberanía, sino la dominación biológica sobre la población.

En cuanto a la biopolítica se refiere, y recuperando de nuevo el razonamiento presentado en el texto referido, podemos decir que en torno al sexo se generó un poder que, antes de reprimir e imponerse, construye y conforma. En este caso, el llamado dispositivo de sexualidad, que es una construcción táctica política que da forma al sexo mismo, refuerza un mecanismo de control que ejercemos voluntariamente sobre el sexo como deseo, al tiempo que pensamos liberarlo. Es decir, mediante la construcción de discursos administrativos, científicos, médicos, religiosos, políticos y biológicos, el discurso de la sexualidad humana es construido, creando a su objeto al mismo tiempo. Es, pues, un poder inmanente, que se apareja con aquello que domina.

Trasladar estas consideraciones del análisis de lo sexual a lo político es una labor titánica. Sin embargo, y siguiendo algunas pautas que el mismo Foucault otorga, y que después han sido exploradas por otros autores, consideraremos que es posible otorgar algunos argumentos sólidos que fundamenten de forma innegable este razonamiento como válido y útil en la exploración del sistema mundial. Si hemos de considerar que la biopolítica y el

<sup>1</sup> Michel Foucault, *Historia de la sexualidad*, vol. 1, *La voluntad de saber*, Siglo XXI, México, 2011, p. 128.

biopoder son las formas técnicas de dominación que caracterizan al sistema contemporáneo, encontraremos sin duda que ha habido una transformación esencial en todos los planos de la existencia humana. Dentro de ellos, cobra especial relevancia el político (que, en la realidad, no podría ser disociado de los otros, si bien es una herramienta que metodológicamente resulta de gran utilidad). En él, no existe más una división real entre los distintos planos ontológicos de existencia del hombre y del sistema. En un primer momento, podemos decir que la capacidad que tiene el sistema de producir al hombre, incluso partiendo desde el que hoy se constituye como el fundamento de su individualidad –el sexo–, a través de controles disciplinarios, como la escuela o la familia, aunado a los procesos reguladores a nivel social –que serán abordados más adelante–, funciona como un puntal en este nuevo esquema de dominación. En un segundo lugar, la capacidad ya mencionada de dejar vivir o arrojar a la muerte –el biopoder– funciona como la bisagra que hace de esta forma particular de dominio una de profundidad antes desconocida y potencialidades aún inexploradas. El individuo, pues, es producido en sus deseos, aspiraciones y concepciones del mundo. Esto, por supuesto, no resulta novedoso. Sin embargo, la articulación de tales mecanismos con el poder global (que más adelante abordaremos) sí representa una modificación cualitativa en las condiciones de reproducción del sistema, a través de la dominación ejercida mediante las relaciones de poder.

De acuerdo con este argumento, el biopoder, potenciado sobre las estructuras tecnológicas que han permitido la expansión del capitalismo financiero, dando lugar a la globalización, ha logrado montar una maquinaria de explotación y control a escala global. A manera de síntesis, es necesario considerar que la economía contemporánea se encuentra en una transición de un paradigma productivo industrial a uno fundamentado en la información. Con ello, no afirmamos que la producción industrial cese de ser toral en la labor económica de los Estados y otros actores relevantes del sistema global. Lo que esto significa es que la producción de contenidos informativos, así como los mecanismos mismos de transmisión de la información, se conforma como el sector más rentable de la economía. Ello no es un dato menor. Por un lado, las economías más avanzadas (dentro de la concepción capitalista del término, que significaría, de forma somera, aquellas que son capaces de generar mayor plusvalía) se colocan al frente de la producción de estos bienes, los cuales, por su propia estructura, son dinámicos y rápidamente obsoletos. La necesidad de generar nuevos bienes de una forma sumamente veloz da lugar a una carrera económica global, la cual funciona como un fortísimo impulso para la labor productiva aquí mencionada. Por otro lado, al ser la información, y correlativamente lo que contiene –conocimientos–, lo que es

transmitido, y al ser los mecanismos mediante los cuales ésta se transmite lo producido, la interacción que se genera con el sujeto es mucho más cercana e intensa, hecho que se ve progresivamente potenciado por la carrera tecnológica antes mencionada. Considerando que en las sociedades capitalistas occidentales el rol de la información es central, y que se encuentra presente en todos los aspectos de la vida cotidiana, el ingreso de los contenidos informativos en la lógica de la producción los convierte en elementos de poder. El consumo de los mismos, al ser efectuado, como parte integrante de la cotidianidad y la propia existencia, permite la inmanencia del poder, su rol como creador y conformador de la subjetividad y los conceptos bajo los cuales ésta expresa sus discursos y toma las consideraciones sobre el sistema mismo.

Así, el cambio tecnológico acontecido a finales del siglo xx se inscribe dentro de un proceso histórico que transforma las formas de dominación. Si durante la Modernidad, las sociedades se conformaron como disciplinarias, ejerciendo su control a través de la represión, la tecnología se suma a los mecanismos que apuntalan la transición a las sociedades de control.<sup>2</sup> A la par de los mecanismos y las técnicas que la medicina y la psicología, entre otros procesos, utilizan para conformar las ideas de subjetividad y realidad del individuo, aquélla introduce a la información como parte fundamental de la construcción subjetiva. Hoy, el dominio se ejerce a través de mecanismos que utilizan la información como forma de reproducción de sí mismos en la individualidad del sujeto. A través de mecanismos de producción biopolítica, la mente y el cuerpo humanos devienen en los campos sobre los cuales el capital ejerce su organización y control; así, los sujetos son llevados “hacia un estado autónomo de alienación, de enajenación del sentido de la vida y del deseo de creatividad”.<sup>3</sup>

El poder se reproduce desde el interior del sujeto, deviene inmanente. Ya no media sólo una dominación externa, una imposición foránea. Se ha convertido en una parte constitutiva de la vida, que es aceptada de manera voluntaria y reproducida fervientemente en todos los órdenes de la existencia. El objetivo de la producción biopolítica es iniciar un movimiento de autogeneración que no pueda ser detenido. Busca convertirse en consustancial al hombre, haciendo de la dominación una estructura tan profunda como la misma conciencia. Cuando se encuentra ligada al modo de producción capitalista, significa además que serán sus postulados los que se reproduzcan. Y, en cierta medida, esto ha sido una táctica que ha perseguido la

<sup>2</sup> Véase Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, México, 2008.

<sup>3</sup> Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, Paidós, España, 2005, p. 44.

“autoafirmación de una clase [burguesa] más que el avasallamiento de otra”.<sup>4</sup> Ha representado, pues, en un primer momento un postulado aceptado por las clases dominantes, hoy en la escala global, y que después se ha reproducido a lo largo de las clases subordinadas. Por supuesto, dicha reproducción no cobra las mismas características. La relación entre los conceptos de “modelo” y “serie” en *El sistema de los objetos*, de Jean Baudrillard, puede probar ser de utilidad al considerar el mecanismo inmanente mediante el cual la producción biopolítica difiere en unas clases y otras. De manera esquemática y sintética podemos decir que el modelo es aquel objeto primario sobre del cual las series se conforman, al cual aspiran las series, sin poder jamás alcanzar su *status*, dado el simbolismo que contiene. El modelo funciona, en los objetos, como el mecanismo mediante la cual la burguesía se autoafirma. Posteriormente, la serie es la forma en la cual éstos se distribuyen en el resto del cuerpo social, pero ya bajo una relación intrínseca de subordinación. Cuando los objetos son tecnológicos, y siendo la tecnología un vehículo de reproducción y producción biopolítica, podemos ver que, si bien las clases burguesas y las subordinadas están dominadas por este esquema inmanente de poder, la forma particular del mismo es distinta. Más adelante, cuando nos refiramos a los esquemas de poder institucionalizado político a nivel global, dicha distinción será importante.

En este proceso de transformación del poder de una estructura represiva e impuesta, tradicionalmente asociada con la idea de las sociedades disciplinarias, a la de un poder inmanente y consustancial al individuo, característico de las sociedades de control, hemos visto que las técnicas mediante las cuales el poder se produce tienen un papel central. Siendo que en la medida en la cual el proceso se profundiza y complejiza, las variables aumentan de forma considerable, para efectos metodológicos en este artículo se considerará de forma particular el rol del riesgo dentro del conglomerado de técnicas existentes. Antes de proceder con dicho análisis, es necesario considerar una vez más que si bien el poder se traslada hacia este plano de inmanencia y consustancialidad, de ninguna forma los mecanismos disciplinarios y puramente opresivos desaparecen. Es decir, a la par de la conformación del individuo, del poder de dar vida, se presenta el poder de arrojar a la muerte. Éste no es sólo el poder de la espada y la ley, el poder de la condena y la ejecución, sino también el de la negación de las posibilidades de la vida, el poder que se ejerce estrictamente sobre la biología: el que está relacionado con el hambre y la sed.

<sup>4</sup> Michel Foucault, *Historia de la sexualidad, op. cit.*, p. 116.

### **El riesgo como factor de producción biopolítica**

El riesgo es una situación de autoamenaza civilizatoria, provocada por el desarrollo pleno de las fuerzas productivas de la Modernidad, la cual trasciende sus fronteras económicas, políticas y culturales.<sup>5</sup> Es una herramienta y técnica de producción biopolítica, ya que es “lo que hace entrar a la vida y sus mecanismos en el dominio de los cálculos explícitos [de la política] y convierte al poder-saber en un agente de transformación de la vida humana”.<sup>6</sup> En relación con esta última idea, es necesario considerar que Ulrich Beck afirma que la percepción del riesgo es la que determina su existencia y, de esta forma, que la conciencia determina el ser. Lo que ello quiere decir es que son contenido de los flujos de conocimiento e información, del poder-saber, que son determinantes en la representación que se hace el sujeto del mundo que le rodea. Resulta esencial, entonces, determinar dónde y cómo surge un riesgo en tanto tal. Estos son definidos científica y socialmente. Es decir, no basta con percibir una situación en la cual el sujeto o una comunidad sean afectados, sino que hace falta ubicar una cadena de causalidad a dicho proceso, y además poder determinar que ésta responde al desarrollo de las fuerzas productivas de la Modernidad. Una vez que el riesgo ha sido científicamente definido como tal, entonces es posible convertirlo en información y es susceptible de ser propagado mediáticamente. Es mediante su mediatización, es decir, su integración en los flujos de información que dan forma a la economía, tanto en sus variables productivas como en las políticas, que el riesgo se convierte en parte fundamental de la producción biopolítica del sujeto.

Como parte de este proceso de definición social del riesgo, éstos además ven “elevada” su posición relativa en la escala de demandas y preocupaciones sociales globales. Se colocan, por decirlo así, a la par de la pobreza y del hambre (excepto, tal vez, para el pobre y el hambriento). En los medios adquieren una difusión antes desconocida y se convierten no sólo en fuente de riqueza y beneficio económico, al ser “un ‘pozo de necesidades sin fondo, que no puede cegarse, infinito [...]”<sup>7</sup> sino también de contienda política y determinación sociológica. A la par, y como parte de un movimiento sincrónico y simbiótico, los riesgos se convierten en parte consustancial del sujeto. Es decir, no forman parte únicamente de un discurso político abstracto y ambiguo. De acuerdo a lo que hemos argumentado, éstos son parte de ese poder inmanente que conforma la subjetividad, y que resulta de particular utilidad para los objetivos

<sup>5</sup> Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo: hacia una nueva Modernidad*, Paidós, Barcelona, 2006.

<sup>6</sup> Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, *op. cit.*, p. 133.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 78.

del poder global, que en este artículo es el objeto a analizar. La forma en la cual el riesgo se introduce en el centro de la vida del hombre, es mediante una forma específica y socialmente difundida: el miedo. Se teme el futuro ecológico del planeta, el porvenir en el empleo, la posibilidad de un desastre nuclear, químico o ambiental. Tal forma tiene una utilización política concreta y da lugar a mutaciones profundas en la forma en la cual la legitimidad del poder y el ejercicio del mismo son conducidos.

Antes de profundizar en dicho punto, parece conveniente hacer algunas anotaciones relativas a la economía de dicho proceso. En primer lugar, la producción de riesgos es consustancial a la de riquezas. Es decir, la forma misma en la cual la Modernidad capitalista organizó su quehacer económico, provoca que los riesgos sean inevitables en la generación de mercancías y materias primas. Al mismo tiempo, los riesgos han sido denominados efectos colaterales, secundarios, tolerables a la luz del progreso de la civilización. Se pide, pues, tolerar la posibilidad de la muerte en razón del derecho de la vida. Se pone en juego, frente a frente, una con la otra, y en ambos casos es el mismo poder el que lo sustenta. Aquello que da la vida puede arrojarnos a la muerte. Como utilización posterior del mismo proceso, se comercializan aquellas protecciones, ya sean físicas o simbólicas, que pueden alejarnos de la existencia de los riesgos. De ahí la afirmación que hemos referido sobre su existencia como pozos de necesidades sin fondo. Al ser un sistema capitalista al cual nos estamos refiriendo, la utilización económica y su correlativa utilidad política no son menores.

Como parte de la conformación de esta producción biopolítica, existe un dominio sintomático y simbólico del riesgo. Por un lado, se crean las definiciones científicas y sociales de aquello que constituye un riesgo, las cuales son posteriormente distribuidas a través del cuerpo social mediante las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC). A la par, se crean políticas públicas que buscan controlar al riesgo, hacerlo soportable, al tiempo que es comprendido como una consecuencia necesaria del desarrollo productivo del sistema; “esto es, mantener no una industria y una política preventivas que eviten el aumento de los riesgos, sino una industria y una política simbólicas”.<sup>8</sup> El riesgo es así convertido en parte inmanente del poder y en parte esencial de la vida cotidiana. A través de un saber-poder es controlado, objetivado, convertido en discurso e introducido a la compleja red de construcción de la subjetividad. Al mismo tiempo, es creada una política que dice regularle, pero que no busca eliminarle. Dicha regulación, más que ser una forma mediante la

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 79.



cual el riesgo es minimizado, negado u ocultado, es la manera en la que es apuntalado en el discurso político contemporáneo, tanto en la inmanencia como en la institucionalidad.

El ascenso del riesgo al centro del discurso y la acción política, así como de los mecanismos de producción biopolítica, a través de la difusión mediática de las definiciones científicas y sociales del mismo, es una instrumentalización técnico-política mediante la cual las consideraciones que median sobre la supervivencia de la especie son las que devienen dominantes en el discurso político institucionalizado. En la medida en la cual las fuerzas productivas asociadas al capitalismo y a la Modernidad continúan desarrollándose, este proceso continúa con una cada vez más profunda expansión. La potencialidad de un evento que culmine con el término de la propia vida, e incluso de la de la especie, se mantiene como un elemento latente. “Así pues, la sociedad del riesgo no es una sociedad revolucionaria, sino más bien una ‘sociedad de catástrofes’. En ella, el estado de excepción amenaza con convertirse en el estado normal”.<sup>9</sup>

Sin embargo, el dispositivo de poder contemporáneo hace uso de otras intervenciones y otros riesgos que es necesario considerar: aquéllos que atentan contra la seguridad personal. En nombre de ellos también se invade la vida del sujeto, tanto física como mentalmente. La inseguridad, la violencia, el terrorismo y el narcotráfico son procesos sociales, que bajo el ambiguo paraguas de los riesgos, hacen su ingreso a la escena política global y refuerzan el esquema de dominio que hemos venido expresando.

### **Del *welfare-State* al *warfare-State*: mutaciones en la legitimidad del Estado-nación**

Si la hipótesis que ha sido expuesta es correcta, la forma de ejercicio institucional del poder público ha debido de modificarse sustancialmente. Si el dominio y el poder se expresan también en los flujos de información que inundan la vida material y simbólica del hombre, conformándole, y además estos trascienden las fronteras de la Modernidad, el rol del Estado, como eje de la organización sociopolítica, se modifica. Si la producción y reproducción de información no se encuentran circunscritas a los designios estatales, como de hecho ocurre, entonces es válido asumir que los esquemas de reproducción de la vida social escapan cada vez más al control de este ente. Al ver desplazado

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 111.

el centro de la dominación a causa del ascenso de las sociedades de control y sus mecanismos técnicos, por encima de los mecanismos disciplinarios propios de la forma estatal de dominio, sus formas de actuación son cada vez más reducidas, a la vez que más invasivas. De un control a través de la prohibición y la disciplina, ahora observamos el ascenso de uno que funciona a través de la construcción de las subjetividades, de la producción biopolítica.

En la transición de un paradigma de producción industrial a uno informacional (en el cual la plusvalía se obtiene mayoritariamente de la producción de procesos que actúan sobre la información y el conocimiento<sup>10</sup>), los límites de la reproducción del capital están en un proceso permanente de transgresión de sí mismos. Los flujos informativos globales, tanto los financieros como los comunicativos, moldean al sistema de lo general a lo particular. La dominación no sólo responde a los órganos nacionales, volviéndose comprensible en la escala de lo global. La jerarquía del poder ya no responde a las viejas divisiones políticas, sino que se organiza en las fluctuantes formas de la economía y la comunicación. En este proceso, las empresas transnacionales, estandartes de la economía global, estructuran las realidades vividas por los habitantes de territorios enteros. No únicamente inciden de manera creciente en los intercambios que ocurren en el marco del mercado, ni su actuación se limita a su creciente participación en la oferta de servicios y construcción de infraestructura. Al mismo tiempo producen y reproducen riesgos y las promesas de seguridad frente a éstos.

El territorio, elemento formal del Estado-nación, es transgredido de manera permanente y constante, por flujos informativos, financieros, de sustancias nocivas e incluso de individuos. Éstos, por su parte, son objetos de procesos de construcción de la subjetividad que actúan en los polos complementarios de lo local y lo global. El Estado ha perdido incluso la aspiración de ser el promotor y garante de la cultura nacional, hoy sumergida en un marco ambiguo de relaciones culturales desiguales a nivel global. El gobierno estatal queda relegado al papel de un gerente del capital a escala nacional. Debe administrar no sólo los flujos financieros, las prebendas económicas y las desigualdades resultantes del sistema económico capitalista. Al mismo tiempo, es el encargado de lidiar con las catástrofes de una sociedad global sumida en el riesgo. Así, el Estado se vuelve un administrador, pero también un policía: el advenimiento de nuevas formas de legitimidad estatal se encuentra en marcha.

<sup>10</sup> Véase Manuel Castells, *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, vol. 1: La sociedad red, Siglo XXI, México, 1999, cap. 2.

La mutación de los esquemas de poder a una lógica global trastoca la estructura formal del Estado. Las funciones que éste había adquirido durante el siglo xx, en particular la de garantizar la seguridad social, son continuamente desmanteladas. Como señala Zygmunt Bauman,<sup>11</sup> la seguridad personal es ahora la preocupación esencial del Estado: la protección frente a los riesgos y problemas emanados del desarrollo de la Modernidad da pie a una interacción mucho más cercana entre el capital y el individuo: éste, desarraigado de su comunidad por la imposición ideológica de aquél, representada por el consumo material-simbólico contenido en las relaciones capitalistas de socialización y apropiación de bienes, es el lugar donde la legitimidad del Estado posmoderno habrá de ser generada. Si por un lado el individuo es producido a través de una multiplicidad creciente de procesos, por el otro es dominado a través del esquema impositivo del Estado en esta forma novedosa a la cual transita. Como hemos antes mencionado, hoy coexisten los esquemas disciplinarios y los de control.

Históricamente, es posible afirmar que fue en los años de la posguerra, y como una mediación entre las demandas del proletariado y el proceso expansivo del capital, que el Estado de bienestar emergió como forma hegemónica en los países del centro del sistema mundial capitalista. Ya no era la única conquista la jornada laboral de ocho horas, sino que, también el derecho a la salud, la educación, la vivienda, entre otros, eran comunes a los trabajadores. A la par, el Estado conservaba para sí el (en menor o mayor medida) monopolio sobre la educación, la información y la violencia. Como parte de ello, establecía estructuras disciplinarias en la forma de, por ejemplo, la escuela y la prisión. Con la transformación de la economía industrial a la informacional, muchas de estas características desaparecieron. Por ejemplo, el trabajo formal fue erosionándose progresivamente. El advenimiento de formas flexibles de empleo es una de los síntomas que dan cuenta de este proceso. A la par de estas transformaciones en el trabajo, el capital global inició un ataque para desmantelar las figuras protectoras del Estado de bienestar. La oleada “neoliberal” de los años ochenta del siglo xx es ejemplo de esto; al respecto, resulta importante recordar que dos momentos políticos clave de aquel momento fueron la derrota de los mineros galeses en Reino Unido, así como la disolución del sindicato de controladores aéreos en Estados Unidos. Los sindicatos fueron perdiendo poco a poco su lógica y representatividad cuando el empleo se transformó de un paradigma formal a uno flexible e informal. Los vínculos entre el Estado-

<sup>11</sup> Véase Zygmunt Bauman, *Tiempos líquidos: vivir en una época de incertidumbre*, Tusquets, México, 2007.

nación y la clase obrera se debilitaron. El carácter mediador de aquél fue disuelto de manera progresiva. La producción en forma de red dejó al individuo expuesto al capital, desnudo frente a él.

Teniendo esto en cuenta, podemos ver cómo la privatización de los sistemas de salud, de pensiones, de banca, de educación y de servicios en general transfiere la responsabilidad de la adquisición de los satisfactores básicos de vida al capital. Las empresas no tienen responsabilidad alguna, sino una función aparentemente amoral de provisión de aquéllos. El Estado queda, en apariencia, deslegitimado: no es capaz de ofrecer los medios básicos del sostenimiento y de garantizar la reproducción de la vida a sus ciudadanos, acechados de manera continua por la amenaza latente del riesgo global. De la misma forma, el Estado se muestra progresivamente incapaz de detenerla. No sólo es en la provisión del ingreso, la vivienda y la salud en donde el Estado pierde legitimidad. También en la definición, mediatización, producción y reproducción de los riesgos su rol hegemónico se ve minado. En concordancia con esto, no establece (como ya mencionamos) políticas preventivas frente al riesgo, sino reactivas, de seguridad y cariz policíaco.

Con la pérdida de las características que le daban legitimidad al Estado, a través de la provisión monopólica de los satisfactores básicos de vida, y el ascenso de un poder global que mina y limita constantemente los márgenes de acción del mismo, pareciera inverosímil que así se sostuviera. Hay que considerar, entonces, que su función básica ya no es aquella. Hoy, el Estado justifica su existencia por una serie de procesos sincrónicos y complementarios. En el esquema global, el Estado es necesario por un número de razones que se entrelazan. Se puede decir que, en la evolución de las estructuras globales, es inverosímil pensar que la institución que ha representado a la Modernidad desaparecerá de un día para otro. No vivimos, pues, el decaimiento absoluto del Estado-nación. No veremos su pronta desaparición, borrado de la historia de la humanidad como si de un rayón de lápiz se tratara. El Estado muta, a la par del sistema mundial y de las estructuras de poder. Si hoy los flujos financieros, la transnacionalización de la producción y la emergencia del conocimiento y la información como medios de producción son centrales en la reproducción acumulativa capitalista, las condiciones materiales del sistema son distintas. En él, “los Estados siguen desempeñando un papel crucial en la determinación y el mantenimiento del orden jurídico y económico, pero sus acciones se orientan cada vez más no hacia los intereses nacionales, sino más bien hacia la estructura del poder global emergente”.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Michael Hardt y Antonio Negri, *Multitud*, Debate, Barcelona, 2004, p. 194.

Hemos abordado cómo el individuo es conformado a través de conocimientos y de flujos informativos que le dotan de una subjetividad. A través de un saber-poder que no se encuentra constreñido en el espacio estatal, es que este proceso de inmanencia del poder se articula y opera. El Estado, entonces, desempeña un rol que no se identifica con dicho proceso, sin negar que los procesos educativos o de salud que permanecen en sus manos sean, sin duda, parte integral de él. Si reconocemos que de manera creciente el individuo es conformado por procesos que están organizados en una lógica global, y que además existe una conciencia sobre esto (por ejemplo, la certeza de que los riesgos son procesos globales, que escapan por completo al control del Estado-nación), una pregunta importante se refiere a la manera en la cual el individuo acepta la dominación estatal, cuando su vida está directa e indirectamente determinada en otro orden. Hay que considerar entonces que el Estado no desaparece ni decae, sólo se transforma. Recordamos a Lavoisier y su ley de la conservación de la materia. Hemos ya abordado en forma breve la explicación al fenómeno de la transformación del Estado. Si ya no se trata de un *welfare-State*, ¿con quién lidiamos? El Estado es un agente del mantenimiento y expansión del capital, una herramienta del esquema global de dominación. Es el complemento disciplinario a la producción biopolítica que es ejecutada a través de los brazos diversos de un sistema capitalista global. La guerra es el instrumento privilegiado mediante el cual esto acontece. La guerra posmoderna, sin embargo, difiere a profundidad de la moderna.

Una guerra, lógicamente, requiere de un enemigo al cual enfrentarse. Éste también es una forma esencial en torno de la cual se legitima. Carl Schmitt, en su concepción realista del derecho y la política, hace clara la distinción amigo-enemigo. Estados Unidos es ejemplo claro de la forma concreta en la cual este mecanismo ha operado, así como de las transformaciones que ha sufrido. Sin buscar hacer una exposición extensiva de la historia estadounidense, cabe destacar que la forma en la cual han estructurado la justificación de su existencia, siempre ha estado mediada por la idea de la otredad como enemigo. En un primer momento, como la lógica indicaría, éste fue representado por el Imperio británico, antiguo dominador. En un segundo momento, tras superar la etapa de consolidación de las estructuras de dominación interna, y cuando la idea imperial de Estados Unidos trascendió a su zona natural de influencia, América Latina (a excepción de las Filipinas, por lo demás obtenidas en Florida), el enemigo fue el fascista. La Segunda Guerra Mundial, por el esfuerzo de guerra que supuso, fue el motor del desarrollo tecnológico de dicho país. A ese momento se remonta su dominación hegemónica en el campo de la política internacional y de la economía global. Ambos enemigos eran estáticos, hieráticos, figuras casi acartonadas que se encontraban allende la mar. Se trataba

de amenazas foráneas, que podían dominar al mundo con su maldad, fundamento de su condición de enemigo. La misión del Estado estadounidense era atajarles, detenerlos antes de que lograran expandirse.

El advenimiento del enemigo comunista representa un cambio fundamental en la concepción del enemigo. La relación entre la globalización, de origen anglosajón, y el Estado comienza a mostrar su progresiva imbricación ahí. El comunista, si bien es parte de un bloque opuesto, del “imperio del mal”, comienza a penetrar en las estructuras nacionales. Es un enemigo astuto y hábil. Sabe ocultarse y mezclarse, mentir y engañar a los jóvenes occidentales. La cacería de comunistas emprendida por McCarthy es muestra de esta idea fija desarrollada por la hegemonía. El enemigo estaba ya en casa. Con la Revolución Cubana estaba, además, en el patio trasero.

La transición hacia formas inmateriales de maldad y enemistad comenzó a delinarse más claramente en la década de los años ochenta del siglo xx. Con la administración Reagan no sólo se impulsa, desde el Estado, la desregulación de los mercados financieros y el desmantelamiento de las estructuras sindicales. Al mismo tiempo apareció una nueva guerra, que era contra un enemigo móvil y pernicioso: la droga. La guerra contra ésta se convirtió en posmoderna. El enemigo no tenía un rostro fijo. No era Lenin, Stalin o Kruschev. No era Mao, Fidel o el Che. En un momento podía ser Pablo Escobar, pero cuando éste desaparecía, el proceso continuaba. La guerra ya no tenía un fin, ni una temperatura. No era fría ni caliente. Era una guerra total. Este esquema cuasi-hobbesiano se amplió con la emergencia de la última elaboración conceptual del enemigo, que pretendía tener, tal y como el narcotraficante, dimensiones y aplicaciones globales: el terrorismo. La guerra total requería un enemigo total. La totalidad podía ser nulidad, y por ello este enemigo era ubicuo; una amenaza latente, una explosión sin previo aviso: un riesgo global, una amenaza a la propia civilización y a la vida misma, causada por la liberación total de sus fuerzas productivas, una intromisión en las posibilidades de subsistencia del individuo en cualquier momento potencial.

Más allá de la realidad del terrorismo, y lejos de cualquier glorificación o satanización, cabe destacar que era la palanca sobre la cual la legitimidad del Estado se fundó. La guerra es la labor central de cualquier gobierno. El enemigo permanente debe ser derrotado. Lo que está en juego no es ya la supervivencia del ente-Estado o de los medios de abastecimiento de la población, sino la vida misma. El individuo, en una situación que no es ni puramente material como del todo mediática, es el que se ve amenazado. Requiere protección. La guerra permanente, el estado de naturaleza, busca no ser sólo una argucia argumental de Hobbes, sino una situación real. El *warfare-State* ha emergido. En Occidente, como estandarte de la forma hegemónica de la globalización,

esto es claro. Estados Unidos, tras los ataques del 11 de septiembre de 2001, con todas las ambigüedades de los mismos, se lanzó en una cruzada global. El enemigo era la encarnación incorpórea del mal. Osama Bin Laden fue un rostro creado; su muerte no significó el fin de la amenaza. El terror verdadero no será ejecutado por él, sino por un mártir-suicida anónimo. La ubicuidad aquí es evidente. El mal es absoluto y el bien requiere una lucha permanente en su contra. El Estado necesita este sangriento enemigo para subsistir, el biopoder necesita de la guerra permanente para reafirmarse, para ejercer su esquema de dominación. Una lucha sin cuartel es fundamental; la erradicación absoluta de un enemigo invisible, el supuesto objetivo. La verdadera intención de las guerras ubicuas y permanentes es la legitimación del Estado a través de la violencia.

Los esquemas de poder ejercidos a través de la guerra posmoderna –total– son ejecutados por el Estado, sin duda. Sin embargo, existen mecanismos diversos mediante los cuales aquéllos son ejecutados. La dominación referida al riesgo existente en torno de la supervivencia del individuo y de la especie no se despliega sólo a través de una guerra físicamente activa, que implica la ejecución efectiva de violencia en el mismo nivel. La violencia virtual juega un papel igualmente importante en ello. El entrelazamiento de la realidad y la virtualidad, de la calle y la pantalla, dan origen a una realidad que se pretende total, para lo cual es necesario considerar el rol de la información. Cuando la idea del enemigo es mediatizada y presentada como una amenaza permanente, es entonces que se convierte en parte constitutiva de la cotidianidad. Cuando el temor al enemigo, que puede ser cualquiera, es un cálculo esencial de la vida diaria, entonces este mecanismo se ha colocado como parte inmanente del poder, conformando al individuo. Es ese el momento en el cual podemos comprender de qué manera es que se legitima no sólo el Estado a través del enemigo, sino la idea misma del enemigo en el individuo. Así, la labor que se realiza para combatirlo no es más una imposición, no lo es de forma inmediata. Es, en todo caso, una defensa contra la amenaza permanente de la destrucción de la vida. Es el poder de dar la vida.

Cuando las cuestiones relativas al enfrentamiento entre clases sociales quedan desplazadas ante el ascenso de los temas y las preocupaciones políticas relacionadas con la supervivencia del hombre, tanto por la vía del riesgo como por la vía de la violencia, el Estado debe modificar sustancialmente su manera de actuar y de adquirir legitimidad. Si en lo económico éste es hoy más que nunca una herramienta al servicio del capital global, en el ámbito de la seguridad y el riesgo (aun cuando sea a través de políticas simbólicas) busca presentarse como el garante de la vida y el último determinante de la posibilidad de la misma. El Estado busca instituirse como la defensa y resistencia ante un enemigo presente permanente y perennemente amenazador. Éste es mostrado

como el mal total, y por lo tanto debe ser combatido. Haciendo del maniqueísmo un discurso político usual, el Estado recupera la antigua lucha del bien contra el mal como motor de su acción. Así, la legitimidad del Estado está, en una medida significativa, no sólo basada en la fuerza, sino también en la ética y en la moral como elementos que conforman la visión del mundo que posee el individuo y que a su vez le conforman.

### **Los medios de comunicación en la legitimación del ejercicio del poder**

Las nuevas formas de legitimidad de la dominación hegemónica están fundamentadas en el biopoder y en la producción biopolítica. El primer concepto se refiere más a la dominación por parte de la hegemonía de las condiciones de la vida y la muerte, en forma de una guerra permanente y una catástrofe potencialmente inmediata. El terror y la necesidad de seguridad son sus formas de expresión más claras, están presentes en los procesos que en el apartado anterior se han desarrollado. El segundo alude a una de las características principales del capitalismo como modo de producción: su capacidad de generar sujetos en sus relaciones, aspiraciones, consideraciones y visiones del mundo. La forma más clara en la cual realiza esto en la actualidad es mediante la construcción del lenguaje y el discurso. Las empresas de la comunicación globales son las encargadas de esta labor: “la comunicación no sólo expresa, sino que también organiza el movimiento de la globalización”.<sup>13</sup>

Los medios de comunicación, pues, son la herramienta mediante la cual se busca generar formas concretas de la vida social, a través de la construcción de lenguajes y discursos que sistematicen y expliquen la realidad a un nivel ontológico. Zygmunt Bauman afirma que:

La “sociedad de consumidores” es un tipo de sociedad que [...] “interpela” a sus miembros (vale decir, se dirige a ellos, los llama, los convoca, apela a ellos, los cuestiona, pero también los interrumpe e “irrumpe” en ellos) fundamentalmente en cuanto a su capacidad como consumidores.<sup>14</sup>

Así pues, existe una relación directa entre consumo y poder. El consumo tiene tal peso en el entramado de relaciones sociales contemporáneas que, de hecho, se configura como el mecanismo central en la producción biopolítica

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 53.

<sup>14</sup> Zygmunt Bauman, *Vida de consumo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2007, p. 77.



contemporánea. En la producción de subjetividad, en el dispositivo del poder y la dominación, es el particular relacionado con el consumo el que termina determinando las relaciones sistémicas. Incluso al referirnos al riesgo y a la seguridad frente a la violencia hemos aludido al consumo. En un primer momento, afirmamos que el riesgo se define científica y socialmente, y que en ello media el consumo de estas definiciones a través de varios medios cuya característica compartida es la transmisión de información. En un segundo momento, señalamos que tanto la conceptualización del enemigo como el ejercicio de la violencia simbólica que ocurre en torno a éste, en la forma particular del miedo, es también transmitida a través de medios informativos. En ambos casos, media una acción de consumo simbólica. Se consume no sólo el contenido informativo, sino las valoraciones ontológicas que éste supone.

La difusión social y la interpelación individual a esta conducta consumista, que es también una determinación a los imperativos sociales del capital, ocurre a través de dos procesos simultáneos y simbióticos. Uno sucede, por decirlo de forma coloquial, “desde arriba”. De las grandes transnacionales de las comunicaciones de masas:

ya son sólo siete las que dominan el mercado mundial: AOL, Time Warner, Disney, Sony, News Corporation, Viacom y Bertelsmann, cuya concentración económica se traduce en un poder cada día más inatajable de fusión de los dos componentes estratégicos, los vehículos y los contenidos, con la consiguiente capacidad de control de la opinión pública mundial y la imposición de moldes estéticos cada día más “baratos”.<sup>15</sup>

Cabría cuestionarse, en relación con la cita anterior, si acaso es una auténtica imposición lo que ocurre. La visión que hace del sujeto un ente pasivo ante los embates mediáticos globales es incorrecta. Como hemos analizado, parte esencial de la producción biopolítica es que, mediante diversas técnicas y mecanismos, hace del poder una inmanencia. En el caso del consumo, la reproducción sistémica ocurre por medios de comunicación, de carácter más democrático y abierto, que funcionan como tecnologías y herramientas biopolíticas. *Internet* y la telefonía celular como medios de comunicación, así como la confluencia de ambos, son vehículos mediante la cual los discursos hegemónicos de legitimación del poder son establecidos de forma inmanente en la ontología social y subjetiva.

<sup>15</sup> Jesús Martín-Barbero, “Tecnidades, identidades, alteridades: desubicaciones y opacidades de la comunicación en el nuevo siglo” en Dênis de Moraes, *Sociedad mediaticizada*, Gedisa, Barcelona, 2007, pp. 70-71.

Como parte de este proceso de producción biopolítica, es importante considerar la aparición de redes sociales, o de la mensajería instantánea, que son también formas de control social, parte necesaria de la conformación de los dispositivos de poder que hemos venido definiendo. Esta vigilancia es ejercida por todos los participantes. Las redes se convierten en mecanismos voluntarios de supervisión a través de la confesión permanente. Para aquellos que se encuentran conectados, la voluntaria exposición del qué se hace, cuándo se hace, con quién se hace y por qué se hace se vuelve una parte ritual de la cotidianidad. En ello podemos además advertir no sólo la vigilancia de los pares, sino también de las estructuras de poder institucional que cuentan con presencia en dichos medios. Este acto voluntario de confesión mediatizada demuestra que el poder ya no es una estructura trascendente de imposición. Tal novedad hace patente el carácter fundamentalmente distinto de la producción biopolítica, la inmanencia del poder.

Si consideramos de forma más detallada el rol de los medios como herramientas reproductivas de las formas concretas de poder y dominación que operan a escala global, al referirnos al riesgo y la seguridad, la guerra en su estructuración posmoderna puede proveernos con un ejemplo claro de ello. Naief Yehya, en su libro *Guerra y propaganda*, deja claro que los medios buscan presentar a la guerra como una cuestión altamente tecnológica, precisa, aséptica, e incluso sexy. Este discurso se encontraba presente a todas luces a través de CNN, Fox News y demás canales estadounidenses que, en el sitio del conflicto, daban una sensación de inmediatez del peligro a los ciudadanos del globo que observaban en una pantalla el devenir de la invasión de Irak y Afganistán. Como parte de la misma estrategia política comunicativa, la guerra es un producto mediático complejo, pero hecho simple para el consumo humano: “[c]omo si se tratara de un evento deportivo, a cada guerra, conflicto e incidente las cadenas le creaban siempre un título, a menudo animado, un logotipo y siempre un tema musical”.<sup>16</sup> La música, el tono del título, la forma del discurso, contienen las valoraciones éticas necesarias para dar justificación a un conflicto que sólo podrá ser verdaderamente juzgado según su resultado final. Así, los medios de comunicación son parte esencial del entramado económico, político, social y cultural de la posmodernidad. No únicamente son creadores de discursos y moldes ontológicos, éticos y estéticos. Son también herramientas políticas, al servicio del sostenimiento de un poder que ha perdido legitimidad social.

<sup>16</sup> Naief Yehya, *Guerra y propaganda*, Paidós, México, 2004, p. 147.

A la par, existen también amplios beneficios económicos para las empresas que sostienen las redes sociales y la telefonía celular (y en general de todo medio de comunicación). La información que poseen y el servicio que prestan, de comunicación, son sus fuentes de riqueza, de acuerdo al nuevo paradigma tecno-económico. Según la revista *Forbes*, en 2009, Facebook ganaba entre 100 y 200 millones de dólares.<sup>17</sup> Su valor en la bolsa estaba calculado, en el mismo año, en 3 700 millones de dólares.<sup>18</sup> Por su parte, “[s]egún la consultora Frost & Sullivan, en 2004 la renta global de móviles llegó a 126.2 billones de dólares, cifra un 20% superior a la suma de todas las exportaciones de Brasil en el año 2005”.<sup>19</sup> Si bien los billones en la cita son los anglosajones, la cantidad en miles de millones sigue siendo impactante. La relación es clara y tiene un doble carácter: por un lado, los medios de comunicación, imbricados en el proceso de desarrollo de las TIC representan una fuente valiosa de beneficio para el capital global. Por el otro, le proveen de las estructuras disciplinarias y de control necesarias para el sostenimiento y legitimación social de sus formas de ejercicio del poder político.

Aquí queda clara la imbricación entre la producción biopolítica y el capital que ha ocurrido en el sistema global. Los medios de comunicación penetran la totalidad de la realidad común que conforma el capitalismo informacional. No sólo son fuente de beneficio para el entramado económico, sino que en ellas se fundamenta la reproducción comunitaria, afectiva y comunicativa propia de las formas posfordistas de producción. Al mismo tiempo, la política es llevada a cabo a través de ellos. Por ejemplo: la legitimación de la guerra. Si bien ésta se da en virtud de sus resultados, es necesario considerar que éstos son producidos y reproducidos a través de los medios de comunicación de masas. Los inicios y finales buscan ser dictados mediáticamente, sin tener siempre éxito. También hay otros aspectos, más extensos y que no pueden ser abordados ahora, que muestran la interacción constante entre comunicación y poder hegemónico: el caso de las campañas en *Internet* de Barack Obama es un buen lugar para comenzar esa investigación.

En un nivel más básico, más cercano a la producción de la subjetividad —más biopolítico—, nos encontramos con que los medios de comunicación

<sup>17</sup> Forbes, “Facing up to Facebook’s Value”, disponible en <http://www.forbes.com/2009/04/06/facebook-advertising-rates-technology-internet-facebook.html>, consultado el 2 de marzo de 2010 a las 4:58 pm.

<sup>18</sup> Gawker, “Facebook’s Value: \$3.7 Billion and Dropping”, disponible en <http://gawker.com/5152040/facebooks-value-37-billion-and-dropping>, consultado el 2 de marzo de 2010 a las 5:00 pm.

<sup>19</sup> Dênis de Moraes, *op. cit.*, p. 23.

crean, modifican y reproducen los lenguajes de la posmodernidad. El lenguaje es el espacio de construcción del ser. En el sistema capitalista global es donde sus contradicciones se muestran de manera más clara. Por un lado, la venta y promoción de moldes estéticos, éticos, ontológicos y lingüísticos desde nodos hegemónicos se da a través de los medios. Tanto los grandes conglomerados mediáticos como las TIC son parte de este proceso. La reproducción del capital ocurre ahí. Esta es la forma concreta en la cual los sujetos se convierten en agentes reproductivos del sistema. Sin embargo, hay una contraparte paradójica en este proceso. La base comunicativa de la economía informacional puede dar origen a formas de resistencia y democracia globales. Si los medios de comunicación son el espacio en el cual el capital culmina su ciclo de producción biopolítica, también es ahí en donde los sujetos, como productores y oprimidos, pueden dar los primeros esbozos de una creatividad que no puede ser medida, y por lo tanto valorizada, por el capital, de unos mecanismos de modificación y apropiación del lenguaje que cuentan con tal celeridad que difícilmente pueden ser codificados por las estructuras del poder.

Aquí aparece ya claramente que no puede seguir siendo lo nacional la forma de análisis de la política global. Es erróneo considerar que aún las Relaciones Internacionales tienen sentido, en tanto estamos presenciando la interacción de naciones soberanas formadas en Estados. Es momento de observar que, tal y como los medios de comunicación, el poder y la soberanía se organizan y responden a una lógica global, que además trasciende las concepciones tradicionales de soberanía. Es necesario hacer uso de herramientas analíticas que nos permitan aprehender de manera más completa, a la vez que más compleja, estas transformaciones y procesos que ocurren en la escala global.

### **Lo transnacional y la soberanía: imbricación de las estructuras económicas y políticas en lo global y lo nacional**

La soberanía es un proceso. Surge, de manera clara, con la Modernidad europea. Esta característica le dota de una forma particular. Es, en sí, una forma de mediación entre los deseos transformadores de una mayoría recién liberada del yugo divino, y la propia opresión, ahora transformada en la figura trascendental del Estado. La Modernidad, es, pues, una crisis “nacida del conflicto ininterrumpido entre las fuerzas inmanentes, constructivas, creativas y el poder trascendente que apuntaba a restaurar el orden”<sup>20</sup> fracturado con el

<sup>20</sup> Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, *op. cit.*, p. 95.

humanismo renacentista. Desde su génesis, la soberanía moderna se define en torno a la crisis. Ante el embate de estas fuerzas constructoras, representadas en lo filosófico por personajes como Duns Escoto, Nicolás Maquiavelo o Baruch Espinoza, la misma filosofía termina por otorgar las formas concretas de mediación ante dichos impulsos. Descartes, Kant y Hegel son formadores de una ideología burguesa, que trata de imponer un aparato trascendente a la recién emergida inmanencia. La dominación, para estas teorías, aparece como necesaria, como única esperanza de liberación de la humanidad. Ante la crisis del conflicto, de las fuerzas antagónicas de la sociedad, una solución metafísica fue usada: el Estado. Hegel es quien termina por sistematizar y racionalizar dicho axioma. En el plano de lo político, la soberanía del Estado es sistematizada por Thomas Hobbes. Es con él que surge la Modernidad en la filosofía política. Los gobernantes europeos garantizan su dominio sobre las nuevas formas de producción erigiéndose en representación del nuevo Dios en la Tierra, el Leviatán. Esta forma de dominación, además, adquiere una personalidad jurídica. Como parte del mismo proceso, la ley se vuelve en el garante y la lógica del poder, en su expresión y su forma más concreta de ejercicio de la dominación.

El Estado es trascendencia y representación. Es un ente que existe por encima del hombre y determina sus relaciones sociales. Es también una forma de depósito de su soberanía personal; argucia metodológica de Hobbes, creando la idea de un contrato que termina con el estado de guerra. Es también el contrato social de Rousseau, la suma y enajenación de voluntades individuales en nombre de la general, representada por el Estado. Posteriormente, a través de codificaciones jurídicas, esta fuerza de dominación se institucionaliza, profesionaliza y autonomiza. La administración pública y su órgano de ejecución y poder, la burocracia, afianzan la idea de soberanía que hemos ya mencionado. Como ya señalaron Foucault y Weber, entre otros, la creación de estructuras disciplinarias es la que dota al Estado de la facultad de producir a la sociedad y al sujeto. Estos autores encuentran que hay un cambio sustancial en las formas de dominación. De la legitimación tradicional o carismática, a la legal, a la construcción de la sociedad disciplinaria. Aquí se concuerda con Hardt y Negri cuando afirman que “[l]a Modernidad reemplazó la trascendencia tradicional del mando por la trascendencia de la función ordenadora”.<sup>21</sup> Esta función ordenadora está en el origen, además, del biopoder como forma de dominación, aunque aquí aún se habla de formas modernas de soberanía (de fundamentación trascendental). Es decir, en un primer momento preceden las formas de

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 108.

dominación opresiva a la construcción de los procesos que conforman al individuo y la sociedad –biopolítica–.

La última bisagra de las formas modernas de soberanía la proporciona la nación. La nación, como ideario colectivo y mito fundacional, pretende eliminar las diferencias objetivas que existen dentro de la población de un territorio. En el nombre de la nación se busca eliminar todo conflicto social mediante la ideología. La comunidad queda entonces limitada a la nación, y además dicho ente abstracto es depositario de la soberanía, al decirse anterior a la conformación del Estado. Su fuerza como soberanía se ve fortalecida cuando los conceptos de Estado-nación y pueblo se entrelazan. El primero se vuelve voz del segundo, un conjunto de sujetos homogéneos detrás de una voluntad única. Toda potencialidad revolucionaria de los conceptos antes mencionados ha quedado impedida. La Modernidad no da solución a la crisis que le da origen. La situación de guerra hobbesiana de todos contra todos no es superada, sino evadida, como él mismo claramente plantea en *El Leviatán*. La contradicción existente entre la dominación soberana y la libertad de las naciones y los pueblos se ve claramente expresada en las guerras de independencia de América Latina. La ruptura del dominio de las potencias europeas no es de manera alguna la destrucción del dominio en sí, o siquiera de aquél ejercido por la clase dominante. En aras del enfrentamiento al opresor foráneo, se generan mecanismos de opresión interna, formados por la idea unitaria de nación, que se impone a toda diferencia étnica y cultural. Hoy en día las consecuencias de la implantación del Estado-nación en América Latina continúan observándose. Los movimientos de reivindicación indígena surgen de aquella contradicción propia de la Modernidad, pero representan una solución que ya no corresponde por completo a ese momento histórico de Occidente.

La soberanía fundamentada en el Estado, la nación y el pueblo es a la vez, la depositaria de la democracia y profundamente antidemocrática. O, dicho de otra manera, la democracia asociada al Estado-nación no puede coincidir con una definición de ésta que la considere el gobierno de todos, para todos. La imposición de aparatos trascendentales a las fuerzas de la creación social es la forma moderna de salvar una antagonía que vive, de conformar en una paradoja dinámica un conflicto latente. La existencia de aparatos disciplinarios y represivos de ejercicio del poder fundamenta esa forma de dominación, y a la vez mantienen en el centro de su ejecución y del dominio al Estado, a través de sus diversos monopolios, como el de la fuerza y el derecho.

Con el advenimiento de los mecanismos, las estrategias, las tácticas y las técnicas que marcan el tránsito a las sociedades de control, la contradicción existente se ve secundarizada y la paradoja se ve complejizada. En ello resulta

vital la determinación política y científica de las fuentes de conocimiento social válido. Es decir, no sólo se pretende dirigir la creación y uso de lenguajes, o enajenar la vida productiva del hombre en su totalidad, a través de estructuras de trabajo flexibles, móviles y precarias. Al mismo tiempo se crean grandes temores de los cuales el sujeto debe ser protegido. Estos, por supuesto, no surgen por generación espontánea. Sin pretender afirmar que la existencia de los riesgos es absolutamente mediática, es cierto que su determinación y definición surge de centros hegemónicos de poder tecnocientífico. Son, pues, una forma en la cual el poder se conforma en la inmanencia a través de un saber-poder.

Con la emergencia de las nuevas formas de producción capitalista y la interconexión global de los procesos informativos, cognoscitivos, financieros y económicos, un doble rasero se crea: la fuerza de algunos Estados-nación se erosiona, mientras la de otros se multiplica y magnifica; sus funciones se transforman, sin llegar a desaparecer. Lo global interactúa con el sujeto y la soberanía de una nueva forma, mucho más directa, a la vez que aparentemente ubicua y virtual. La soberanía atraviesa una nueva transformación. En cierta medida, deja de convertirse en la única y última instancia en la cual el poder se deposita y se reproduce. El advenimiento de la era global y la profundización de los mecanismos y tecnologías del biopoder, exige una reconsideración de las condiciones de dominio, explotación y poder.

### **El gobierno y el poder global: la hegemonía y el dominio científico, informativo, político, económico y financiero**

La idea de soberanía, en la Modernidad, se encontraba limitada por el espacio territorial del Estado. Se fundamentaba en una dualidad opuesta, lo interior y lo exterior, nosotros y ellos. También partía de la oposición entre dominio exterior y voluntad interna, entre opresión y autogobierno. El Estado era la forma de mantener la crisis y el conflicto de clases limitado a un espacio político de interacción. De igual forma, “[l]a soberanía moderna se basa fundamentalmente en la idea de que el soberano –sea éste el príncipe, el Estado, la nación o incluso el pueblo– trasciende el plano social”.<sup>22</sup> Esta trascendencia se encontraba fundamentalmente codificada en el derecho, que funcionaba

<sup>22</sup> Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, p. 347.

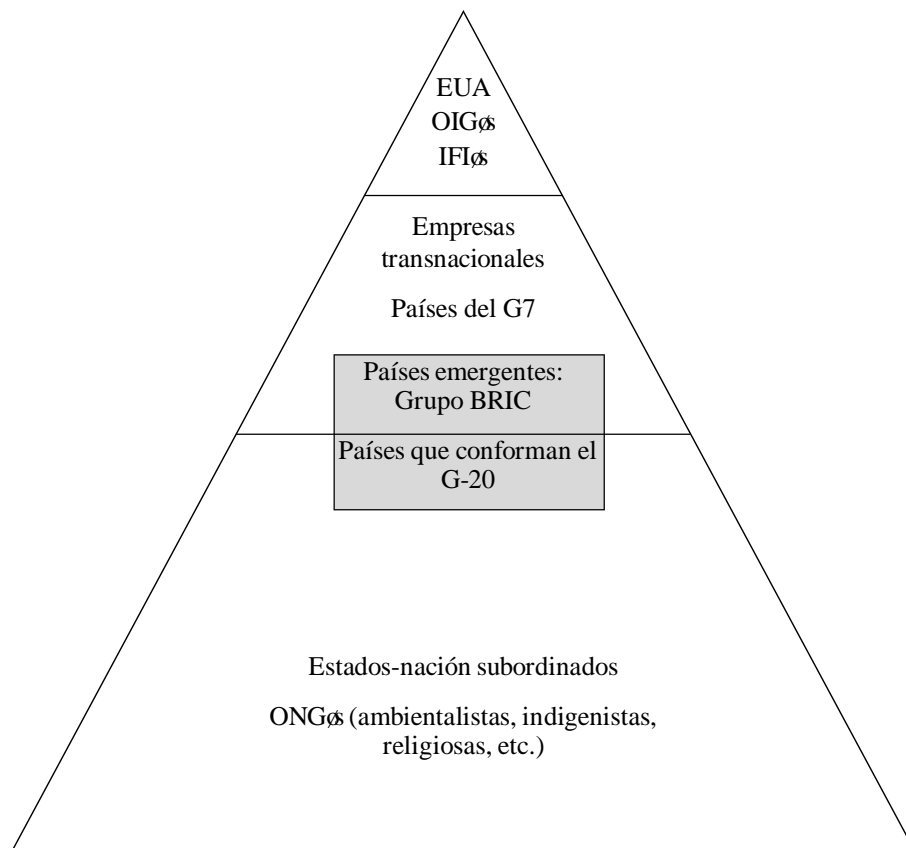
como elemento legitimador y ejecutivo del poder. Hoy, en cambio, el poder del capital se encuentra en el plano de la inmanencia, el aquí y el ahora; en la producción biopolítica continua de la sociedad y del individuo.

Por otro lado, los límites del poder han sido progresivamente erosionados, a la par del desarrollo del capitalismo global. Como ya hemos mencionado, la producción no se organiza más en formas nacionales, sino que responde a lógicas globales. Al mismo tiempo, el poder del Estado, como un límite al actuar del capital, muta en sus funciones y reorienta sus finalidades. No sería, sin embargo, conveniente llevar a un extremo la pérdida de soberanía y el margen de acción del Estado como concepto y realidad. Es falsa la idea de que en la actualidad gobierna un sistema de “libre comercio” y que sólo con la crisis que arrancó oficialmente en 2008 se han fortalecido los controles gubernamentales. En realidad, el control del gobierno siempre ha existido, aunque de formas diferenciadas y en grados diferentes.

En este sentido, un primer prejuicio del que hay que despojarse es el jurídico. La igualdad entre Estados y la supremacía de éstos por encima del cuerpo social ha desaparecido en la posmodernidad. Hay una clara jerarquización entre Estados, y hay organismos e instituciones supranacionales que son más poderosos que muchos de ellos. De la misma forma, el poder ha dejado de estar expresado y codificado por completo en lo jurídico. Si la dominación soberana tradicional de la Modernidad así lo hizo, el cambio en las condiciones de reproducción y producción del poder ha también transformado este proceso social. Resulta necesario, pues, superar tanto la idea del derecho internacional que sustenta la igualdad de los Estados, como aquella que expresa que la totalidad del poder está y estará definida en un texto legal. Ello, por supuesto, no anula el hecho de que el derecho, como cuerpo normativo, se oriente a y marche de acuerdo a las tendencias de transformación global que aquí han sido expresadas. En todo caso, significa que el poder está ampliamente distribuido en una serie de procesos que van desde las tecnologías del poder que modifican el lenguaje y el discurso, conformando la individualidad, hasta los procesos económicos globales que dan forma en el nivel más general al sistema global.

Retomando esta idea, y siguiendo la categorización de Hardt y Negri en *Imperio*, podríamos plantear un esquema de poder global, que considerando a las instituciones que actúan en dicha escala, presenta la siguiente forma:





Por supuesto, esta estructura no es estática. Existen fluctuaciones y movimientos entre los elementos que le conforman<sup>23</sup> y, más aún, hay movimientos entre los individuos que forman parte de cada uno de estos niveles. Una forma clara de ver esto es la creciente identificación que existe entre los miembros de gabinetes gubernamentales de las grandes potencias y los cuadros de las empresas multinacionales y organizaciones intergubernamentales. Una

<sup>23</sup> En las teorías clásicas de las relaciones internacionales (realismo, estructuralismo, etc.), estos elementos recibían el nombre de “actores”. Aquí se considera que denominarlos de esta forma contiene el significante de autonomía de cada uno de ellos. Lo que el intercambio de personal – aludido a continuación– señala, es que tal autonomía no existe. En todo caso, se presenta una autonomización de la burocracia global, mas no de las instituciones en cuanto tales.

muestra de ello la encarnan Condoleezza Rice y Dick Cheney (ella, tan importante para Chevron-Texaco, que se nombró un barco petrolero en su honor, y el segundo, CEO de Halliburton; ambos funcionarios de alto rango en la administración de George W. Bush). Es necesario considerar, sin embargo, que el intercambio burocrático es sólo una forma bastante superficial y básica en la cual la soberanía global se articula como un cuerpo reticular. Los recetarios del Fondo Monetario Internacional (FMI) y los proyectos de “desarrollo” emprendidos por el Banco Mundial, son otras formas mucho más directas de ejercicio del poder disciplinario global e imperial.

Antes de pasar a la exposición breve sobre la estructura y peso específico de las instituciones financieras internacionales en el marco del poder global, consideremos otros aspectos del mismo. En la cima de la pirámide antes dibujada se encuentra Estados Unidos, única “superpotencia” sobreviviente de la Modernidad. Su poder máximo estriba no sólo en su poderío económico, que sigue siendo excepcional. La herramienta más fuerte de Estados Unidos es de composición compleja: es su poder sobre la muerte, su capacidad de permitir la vida, ello en parte sustentado en la flexibilidad de su política global, basada en una visión pragmática del mundo.

Antes hemos desarrollado brevemente la forma en la cual la idea del enemigo ha servido para justificar la existencia del Estado-nación. La existencia de dicho concepto ha servido para orientar la política estadounidense. Sin embargo, dista de ser suficiente para explicar el por qué de su hegemonía y poderío actuales. Hace falta voltear la mirada hacia el pragmatismo como ontología y ética de la acción y fundamento de su excepcionalidad. La visión pragmática es más que un recetario de acciones. Parte de la noción de la maleabilidad de la realidad. En este aspecto, podría ubicarse dentro de las corrientes idealistas de la filosofía. Sin embargo, está orientada a la práctica. Erróneo sería considerarla, por esto, materialista. Podría decirse que el pragmatismo salva la divisoria moderna entre esencia y accidente, entre necesario y contingente, entre real e ideal. La realidad manipulable mediante la acción humana es la ontología del pragmatismo, a la vez que el centro de su ética. Benjamín Franklin, bajo el seudónimo de Florence Dogood, y también bajo su firma, es el punto de partida para la comprensión del pragmatismo como acción ética. Partiendo de la premisa de la maleabilidad de lo real, encuentra que lo bueno y lo malo no son valores fijos, sino cuestiones que se determinan de manera casuística. El beneficio se erige como valor central del bien, con toda la ambigüedad que la primera noción contiene, y que por tanto otorga a la segunda. El pragmatismo filosófico se entremezcla con el político. Las divisorias claras entre una y otra práctica, entre uno y otro cuerpo de ideas, se difuminan. En la tradición pragmática, con Richard Rorty, es posible ver

cómo ésta se acerca a la complejidad como visión ontológica.<sup>24</sup> Así, el pragmatismo no sólo advirtió tempranamente el advenimiento de la posmodernidad, sino que la moldeó. Además, al negar la existencia de la trascendencia como función ordenadora de la realidad, es capaz de percibir los mecanismos inmanentes del poder, y considerarlos así como una acción lógica del mismo, aún antes de que éstos ingresaran dentro del aparato conceptual de la filosofía occidental de origen europeo.

En este punto es posible encontrar la innegable relación entre el pragmatismo, la globalización y el poderío estadounidense. Su capacidad de modificar al discurso ético de la realidad, y a la realidad misma en este proceso, está entremezclada en todos los aspectos de la estructura capitalista global. No pretendemos afirmar que, de hecho, la globalización ha sido enteramente marcada por el pragmatismo. Acaso ambos intuyen que la flexibilidad y la adaptabilidad, lejos de ser invenciones humanas, son mecanismos evolutivos milenarios, propios a todo aquello que está conformado. Encuentran, de forma aparentemente obvia, que los mecanismos del poder ocurren también en la inmanencia, que no están depositados de manera exclusiva en la trascendencia y en la dominación disciplinaria y represiva. El excepcionalismo estadounidense, que se fundamenta en esta visión particular del mundo, es lo que les permite acatar en forma selectiva la normativa internacional, modificar activamente su política exterior e interior y movilizar sus fuerzas productivas de acuerdo a los nuevos paradigmas económicos, y en ello encontrar solidez de principios y congruencia en la acción. Estados Unidos, pues, sigue siendo hegemónico, porque ideológicamente es capaz de modificar la realidad de acuerdo a su beneficio, siendo éste además el bien, que es común al mundo.<sup>25</sup>

Sin embargo, este proceso ideológico sería inútil si no viniera acompañado de otros materiales, el primero de ellos, la capacidad armamentística estadounidense. La superioridad incontestable de Estados Unidos en materia militar, al menos en cuanto a lo tecnológico se refiere, es

<sup>24</sup> Richard Rorty, *El pragmatismo, una versión. Antiautoritarismo en epistemología y ética*, Ariel Filosofía, Barcelona, 2008.

<sup>25</sup> Estados Unidos ha sido considerado, en diversas tradiciones filosóficas y políticas, como la traslación del proyecto ilustrado a una sociedad sin contradicciones: la fundación de un Estado europeo liberal sobre una *tabula rasa*, un comenzar de cero; ello es extensivo al pensamiento hegemónico estadounidense. Esto es falso en varios niveles y por varias razones. Sin poder hacer una extensiva explicación de esto, baste considerar el problema indígena estadounidense y su negación sistemática. Además de ello, cabría recordar que la Modernidad, en sí misma, es contradictoria y que tal contradicción es consustancial a la misma. Pensar que puede crearse una sociedad sin contradicciones sigue siendo algo que permanece en el plano de la idea, sin poder haber sido jamás aplicado y comprobado en la realidad.

una poderosa herramienta de dominación. El biopoder, entendido como el máximo control sobre la vida, ejercido a través del dominio de la muerte (nuclear), es la expresión concreta del poder estadounidense. Éste, entrelazado con la facultad estadounidense de moldear la realidad de acuerdo a su beneficio, es un arma ubicua, virtual, amenazante de manera permanente, con independencia de su uso material.

Pero no sólo ahí se afianza el poder hegemónico estadounidense. Limitar el ejercicio del poder a lo militar y armamentístico sería perder de vista la complejidad que dicho concepto reviste. Los factores económicos y financieros son importantes por igual. Al lado de ellos, la producción de conocimiento y la determinación de la información deben de ser considerados. Ya hemos mencionado que en cuanto a la información se refiere, son seis empresas las que dominan el mercado global. De ellas, cuatro son estadounidenses, una japonesa y la otra alemana. Esto no representa coincidencia o azar alguno. Al contrario. Si recordamos las elaboraciones teóricas sobre la economía política de la globalización de algunos autores, como por ejemplo Manuel Castells,<sup>26</sup> encontraremos que Estados Unidos, Europa y el Pacífico asiático representan las puntas de lanza del desarrollo capitalista. Si hemos afirmado que la producción y reproducción de información resultan consustanciales al proceso de creación y experiencia de la subjetividad, al proveer los marcos de referencia ético-ontológicos hegemónicos, que son transmitidos de manera permanente a escala global a través de las TIC, el poder que las empresas y naciones antes aludidas retienen no es menor. Sin embargo, esta imagen sigue siendo limitada, resulta aún parcial. Hace falta considerar, como contraparte necesaria de la información, la producción de conocimiento científico y socialmente válido.

Existe una serie de procesos, tanto estadística como empíricamente verificables, que refieren la realidad asimétrica de la producción global de conocimiento. Una breve revisión de, por ejemplo, las listas que diversas revistas especializadas otorgan cada año sobre el *ranking* de las universidades del mundo, da cuenta de dicha afirmación. Ahí encontramos un doble dominio. Por un lado, en los primeros 10 lugares aparecen en exclusiva instituciones estadounidenses y británicas; la Universidad Nacional Autónoma de México es la única latinoamericana que aparece sostenidamente dentro de las primeras 100. Por otro lado, la dominación se acentúa cuando se toma en cuenta que estas listas son realizadas por publicaciones especializadas estadounidenses o británicas. Hay una doble hegemonía, entonces: en las tendencias sobre la excelencia en sí y en el rasero que le determina. A la dominación material se

<sup>26</sup> Véase Manuel Castells, *op. cit.*, cap. 2.

suma así la ideológica, haciéndose una casi indistinguible de la otra.

Otro proceso que es claro ejemplo de la asimetría imperante en el sistema de producción global de conocimiento son las llamadas “migraciones cualificadas” o “fuga de cerebros”. Destacando de entrada la complejidad del tema, y dejando claro que no es posible agotar sus múltiples aristas en este artículo, no obstante es necesario hacer unas precisiones conceptuales y ontológicas en torno de dicho fenómeno. En primer lugar, y partiendo desde lo más inmediato y particular, podemos decir que es el sujeto que pretende perseguir una carrera en la ciencia y la investigación, quien aspira, cuando el caso es tal, a emigrar de su país de origen en búsqueda de condiciones institucionales que le permitan de hecho alcanzar tal objetivo. Dado que la producción científica, en cuanto a prestigio, validez, posibilidad y difusión, se encuentra organizada en torno a polos dados, tanto geográfica como ideológicamente, es también alrededor de aquéllos que los científicos de “elite” se agrupan. Tal visión excluyente y jerárquica es la propia de una sociedad reticular de consumo. En segundo lugar, es necesario notar cómo el discurso sobre la legitimidad del Estado cobra distintas expresiones particulares cuando se interrelaciona con diferentes jerarquías y posiciones de poder que los Estados guardan. En el marco particular de la producción de conocimiento, aquellos calificados como subdesarrollados y periféricos destinan porcentajes cada vez mayores a la seguridad y la defensa, al tiempo que sus presupuestos en investigación científica y educación no se incrementan de ninguna manera. En contraste, los hegemónicos, centros de decisión y determinación ético-ontológica imperiales, consiguen crear procesos dinámicos en los cuales la expansión bélico-armamentista cobija el desarrollo científico-tecnológico, como las propias TIC demuestran.<sup>27</sup>

Tal realidad es la que impera a nivel global. La doble hegemonía sobre la producción de conocimiento, al lado de las desiguales capacidades de investigación y desarrollo que coexisten a nivel global, provocan situaciones en las cuales los empleados con alta cualificación son cooptados por las empresas, universidades e instituciones “líderes” a nivel global, contando, aquí sí, con la aquiescencia de los gobiernos hegemónicos, quienes crean leyes que permiten la criminalización de los migrantes ignorantes y “subcualificados”, al tiempo que incentivan la de migrantes educados y “altamente cualificados”. El

<sup>27</sup> Existe literatura abundante sobre el empuje entre los procesos de desarrollo bélico y el desarrollo de la llamada revolución de las tecnologías de la información. *Internet*, por ejemplo, emerge de un proyecto del Departamento de Defensa de Estados Unidos, conocido como DARPA. Véanse Manuel Castells, *op. cit.*, cap. 1 y Armand Mattelart, *Historia de la sociedad de la información*, Paidós, España, 2007.

imperio aquí selecciona, discrimina, sustrae y explota a los sujetos que le son más útiles de manera legal, mientras margina, persigue y aún así explota, a aquéllos que cree dispensables, bienes desechables para la producción económica global.

Un último aspecto dará cuenta de las dinámicas de explotación y desigualdad, orientadas y dirigidas a nivel global, que dan pie a hablar de un poder institucional global y unas estructuras gubernamentales que operan en la misma lógica. Nos referimos al dominio ejercido a través de la economía real y de las finanzas, especulativas y simuladas. De nuevo echar un vistazo a las listas sobre las principales empresas trasnacionales a nivel global es más ilustrativo de lo que podría aparentar. En la lista de las primeras 20 aparecen mayoritariamente empresas estadounidenses, europeas y sólo una brasileña (Petrobras). En cuanto a los rubros en los cuales las actividades de estas empresas se orientan, la cuestión es incluso más clara y representativa de la realidad global. De esas 20, nueve se dedican a la banca y los servicios financieros, ocho a la extracción, transformación y comercialización de combustibles fósiles (petróleo y gas natural), una (General Electric) al ambiguo concepto de “utilidades varias”, una a las telecomunicaciones (AT&T) y 1 más a la comercialización de productos (Wal-Mart).<sup>28</sup> Aquí no hay casualidad alguna. Dos de los grandes motores de la economía capitalista son la especulación financiera y la explotación de hidrocarburos. La segunda ha sido factor decisivo en las últimas grandes guerras que el mundo ha visto: Afganistán e Irak. El primer sector está llevando al globo a la crisis más profunda que el capitalismo ha vivido en 80 años, con el colapso de la especulación hipotecaria en 2008, y con la anunciada crisis alimentaria, provocada por la especulación en alimentos en los mercados de futuros a nivel global, que operan interconectados en la red mundial provista por las TIC.

El carácter explotador, oprobioso y profundamente desigual del capitalismo global queda claramente expuesto. En nombre de las ganancias y el beneficio, la especulación, la violencia y el arrojó a la miseria y el hambre no son sólo tolerados, sino promovidos y utilizados como elementos de control político; el dominio sobre la vida y la muerte como herramientas de dominación. En ello hay una clara determinación global, una línea jerárquica que sigue las formas de la estructura piramidal antes representada, que en la realidad tan-

<sup>28</sup> Véase <http://www.forbes.com>. La lista es la siguiente: 1) JP Morgan Chase; 2) General Electric; 3) Bank of America; 4) ExxonMobil; 5) ICBC; 6) Banco Santander; 7) Wells Fargo; 8) HSBC Holdings; 9) Royal Dutch Shell; 10) BP; 11) BNP Paribas; 12) PetroChina; 13) AT&T; 14) Wal-Mart Stores; 15) Berkshire Hathaway; 16) Gazprom; 17) China Construction Bank; 18) Petrobras-Petróleo Brasil; 19) Total y 20) Chevron.

gible redundancia en situaciones que ponen en entredicho la propia humanidad de la especie, su ya muy débil sentido de empatía y respeto. Estas relaciones de dominación distan, además, de ser anárquicas. Están reguladas, codificadas y además en un proceso de constante “mejora” –si es que de alguna forma pudieran ser concebidos estos procesos como positivos–. En el pináculo del poder global se encuentran las instituciones financieras y comerciales globales, que legitiman y promueven las políticas de explotación capitalista. Ahí están, además, acompañadas de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), que no es más que un teatro global que oculta, relativiza, legitima y normaliza las relaciones de hegemonía global. En este incipiente gobierno mundial, que es tanto ejecutivo como ministerio de finanzas y propaganda, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio forman una tríada que extiende regulaciones legales y paralegales alrededor del mundo, buscando horadar las distinciones fronterizas con el credo ambiguo del libre mercado, la estabilidad financiera, los programas de cooperación y la especulación financiera encubierta como comercio e inversión. A través de recetarios macroeconómicos, ayudas condicionadas a la aplicación de los anteriores, la aceptación tácita de la especulación alimentaria y de las regulaciones paralegales del orden financiero global, estos organismos son agentes activos en la homogeneización de la regulación capitalista de la vida económica, política, social y cultural a nivel global. El esquema de votos diferenciados que existe en ellos es, además, origen autolegitimante de las imposiciones apenas descritas, al otorgar validez jurídica al poder que dan en la realidad los dólares y la potencia económica.

Por otro lado, la ONU funge como un escenario en el cual la máscara de la democracia se utiliza con vehemencia y convicción. Sin embargo, no es posible soslayar que el único órgano que cuenta con un poder verdadero de decisión es el Consejo de Seguridad; la Asamblea General y demás órganos emiten únicamente recomendaciones. En aquél, además, existe un poder de veto de cinco países: Estados Unidos, Rusia, China, Francia y Reino Unido. El poder diferenciado que estos ejercen destruye cualquier idea democrática sobre la organización, la cual además ha sido sistemáticamente cuestionada de forma más insistente tras la segunda Guerra del Golfo. En ella, Estados Unidos emprendió una acción bélica aún ante el rechazo explícito del Consejo. La importancia de éste aún como legitimador quedó sumamente dañada, levantando cuestionamientos (que aquí no serán respondidos) sobre su utilidad y futura existencia.

El escenario de hegemonía y poder global que se presenta es entonces complejo, multidimensional, casi inexorable. Los distintos tejidos que componen el telar multicolor de la dominación imperial están tan finamente

entrelazados que en la realidad no son distinguibles, aun cuando en la teoría podamos enumerarlos y describirlos. Así pues, el poder que se coloca sobre el hombre, que penetra su misma construcción individual, transcurre por canales institucionales, empresariales, políticos, sociales, informativos y cognoscitivos. Son éstos de hecho los que producen las subjetividades de nuestro tiempo, y hacen de la explotación una cuestión individual, ya despojada de la vieja protección estatal y desprendida efectivamente de la conciencia de clase.

### **La sociedad local ante el poder global: límites y posibilidades de la democracia**

La dominación y la explotación en el sistema capitalista global están en su totalidad individualizadas. El individuo parece ser el único capaz de alcanzar el éxito en un sistema de competencia discursivamente abierta –realmente proteccionista–, tendiente por falsa naturaleza a la perfección y el equilibrio provocado por la oferta y la demanda. Las relaciones de comunidad que se fueron conformando a lo largo de siglos se encuentran en un continuo proceso de erosión. Ello es particularmente verdadero para las sociedades occidentales que hoy, en un estadio demográfico caracterizado por la urbanización, transitan hacia condiciones de vida definidas por una concentración mayor de sus poblaciones que habitan en ciudades. No obstante, la forma de producción biopolítica propia del capitalismo informacional global, así como el biopoder correspondiente a la estructura global de poder hegemónico, están entrelazados con la producción social y comunitaria. Cuando lo que se produce es comunicación, información y conocimiento, la base de la producción en realidad se socializa. La extrema individualización es un arma de dominación en la que lo material y lo ideológico se funde, hasta lograr hacer indistinguible la percepción de uno y otro proceso, y que encubre la realidad local y común del sujeto productivo. Bajo las técnicas de la biopolítica, esa dominación global antes descrita se conforma como parte de la inmanencia de la producción contemporánea. Indistinguibles, forman un binomio paradójico que es tanto la potencialidad más amplia de transformación de las condiciones de vida del hombre, así como el lugar en el cual éste es de forma más directa dominado y construido como sujeto.

Siendo esto así, consideremos que las relaciones productivas que emprende el hombre son locales en primera instancia. El lugar de trabajo es un ejemplo de ello. Sin embargo, las redes sociales e *Internet* pueden conseguir ampliar la idea de localidad y comunidad: lo local es aquello en lo cual el individuo experimenta relaciones interpersonales de bioproducción. Lo local es la vida



compartida, lo común. Se pensaría que las posibilidades de democracia, en un mundo que se corresponde con tal definición de localidad, son mayores que en el pasado. Esto tal vez sea así. Sin embargo, lo que acontece en la actualidad es una crisis total de la democracia, al menos en su conceptualización moderna. Por doquier se observa que los mecanismos que regulaban la vida democrática ponen en entredicho su realidad e, igualmente, su posibilidad.

La Modernidad salvó el problema de la democratización poniéndole frenos al ejercicio del poder de todos y para todos (como Baruch Spinoza lo definió). Se entendía que la forma para sobrellevar la crisis que existía entre la fuerza creativa de la colectividad de singularidades y el poder del opresor, entre dominados y dominadores, era crear un Estado que se colocara por encima de sus contradicciones, mediándolas (como ya mencionamos). La representación fue la solución administrativa a la cual se llegó para conciliar la democracia con el control social. Como Estados Unidos rápidamente aprendió, un sistema de revisión y balance entre poderes, y una representación que mediara entre votantes y Estado, a través de los votados, era la forma recortada de democracia que salvaba el conflicto social entre polos antagónicos. Hoy, la representatividad está en entredicho. Incluso este mecanismo ha entrado en crisis profunda en la posmodernidad. Cada vez más el ejercicio de votar atrae a menos individuos, desencantados ya con las promesas incumplidas de una vida mejor y más cómoda, de mayor igualdad y oportunidad para todos. La falta de participación, la total desconexión de la clase política con la población del Estado, así como la erosión del *welfare-State*, son formas en las cuales la democracia moderna se desmorona.

Si ascendemos en la escala y vamos hacia lo global, tenemos que la representatividad es aún más limitada. Si en un primer momento el elegido es, en teoría, responsable directamente ante sus electores, esto cambia en el ámbito de las relaciones internacionales. Tomemos, por ejemplo, a la Asamblea General de la ONU. Mucho se dice y se repite sobre su carácter fundamentalmente democrático, al contener en ella un representante de cada Estado (reconocido) del mundo, y el hecho de que cada uno tiene un voto idéntico en valor a todos los demás. No podemos obviar el hecho de que los documentos emitidos por la Asamblea General de la ONU no son vinculantes. Esto hace que su democracia tenga, al parecer, mucho de *demos* y poco de *kratos*. Así se alcanzara un recomendación que tuviera la potencialidad de modificar de manera sustancial la estructura del poder global, quedaría a la decisión de los Estados aceptarla o no.<sup>29</sup>

<sup>29</sup> La negativa constante de Estados Unidos de acatar recomendaciones de éste y otros organismos internacionales, e incluso de aceptar la jurisdicción de algunos otros (Corte Penal Internacional), es una muestra de esto.

Sin embargo, el núcleo del conflicto de este organismo internacional, y de todos aquéllos que parten de la idea de la representatividad de los gobiernos estatales, es la misma: la desconexión entre votantes y votados, o, mejor dicho, entre abstencionistas, votantes y votados. No sólo ocurre esto por el carácter antidemocrático que supone el reducir a millones de singularidades en la voz unitaria de un pueblo artificial, que aparece y surge en intervalos determinados de tiempo; también “el voto ha quedado reducido a la obligación de elegir a un candidato no deseado, pero que se ofrece como un mal menor, para que nos represente deficientemente durante dos, cuatro o seis años”.<sup>30</sup> Si en el nivel estatal la representatividad se ha convertido en una simulación, no mucho podemos esperar de los organismos internacionales, incluida la Asamblea General de la ONU. Partiendo del hecho de que los representantes en este foro son designados por las autoridades estatales, cabe afirmar que son aún menos representativos de la voluntad de la pluralidad de singularidades existente. El caso del FMI y el Banco Mundial es aún más crítico. Si la representatividad en estos supuestos órganos democráticos está por completo vulnerada, es ya antidemocrática, las formas de toma de decisión de las instituciones financieras internacionales lo son aún más. La asimetría del poder, expresado a través del voto, garantiza que los Estados más poderosos del globo tengan otra herramienta para afianzar su poder ahí. Los recetarios y las ayudas de las instituciones financieras internacionales jamás son gratuitas: la expoliación del beneficio ocurre mediante la homologación de las prácticas económicas y financieras, de acuerdo a un Consenso global hegemónico, que no se limita el de Washington. Este consenso, reproducido viralmente<sup>31</sup> en las acciones políticas no sólo de las instituciones financieras internacionales, sino también de los gobernantes de los Estados, se pueden reducir a una afirmación: se privilegian los intereses del capital por encima de los del trabajo y la sociedad, se subasta el bienestar en aras del crecimiento, se erige la economía en ciencia suprema e incontestable, a pesar de las evidencias de su falta no sólo de ética, sino de eficiencia y utilidad para la especie en su conjunto.

En la idea estadounidense de la democracia había otro mecanismo a través del cual las singularidades podían expresar su voz, sin quedar reducidas al concepto abstracto y unitario de pueblo: los medios de comunicación. Hoy ya

<sup>30</sup> Michael Hardt y Antonio Negri, *Multitud*, *op. cit.*, p. 310.

<sup>31</sup> Un virus sólo puede reproducirse en el interior de las células de otros organismos. El consenso capitalista, que es en sí una imposición de los dictados del capital, se reproduce dentro de cada individuo que integra y está integrado en el sistema global. Es, pues, la reproducción de una idea externa en un hacer guiado por un conocimiento interno, por la subjetividad contaminada viralmente.

no es posible hablar de la existencia de esta mediación, de una opinión pública autónoma y autogestiva. La opinión pública posmoderna es bioproducida. El capital y el poder tienen herramientas múltiples para realizar esta labor de moldeo y dirección de las conciencias singulares. Tal y como sucede en el campo del consumo, en el cual las marcas dictaminan crecientemente las opciones existentes y los deseos humanos, en el campo de la política, existen mecanismos varios para conseguir la misma dirección hegemónica, que no es inevitable, pero sí omnipresente. Bajo un manto de objetividad, a menudo hecho de datos estadísticos (que son creados a través de encuestas dirigidas a lograr resultados determinados y datos tomados de acuerdo a la intención de la comunicación particular), profesionales de la opinión distribuyen discursos hegemónicos a nivel global. Además, las fuentes de la información son limitadas, debido a la concentración que existe de la misma en manos de algunas empresas (como fue ya discutido). La consecuencia evidente de ello es que, a pesar de una apariencia de mayor cantidad de opciones informativas, lo que hay es una diversificación de los medios a través de los cuales la misma información es presentada. Vemos un círculo vicioso: el individuo forma su opinión, influido por los medios de comunicación, que presentan opiniones similares entre sí, para después recibir la confirmación del proceso a través de encuestas diseñadas por los mismos. Queda claro que no podemos equiparar a la opinión pública, conformada como es, con una expresión democrática global.

La democracia, en su forma moderna, está atravesada en todos sus aspectos por los mecanismos del poder que hemos descrito en este artículo. Está limitada, pues, en su propia estructura, sus constricciones le son inmanentes. Cuando la democracia es comprendida como representación y trascendencia, tal y como sucede en la Modernidad, se encuentra con la lógica consecuencia de su imposibilidad de oponerse a los poderes que hoy dominan globalmente a la sociedad y al individuo. El ejercicio democrático es indisoluble de las herramientas, técnicas y tácticas de la producción biopolítica y el biopoder. Si, por un lado, el Estado frente al riesgo o la seguridad actúa de forma reactiva, con amplias maniobras simbólicas que no pretenden modificar la lógica del sistema, sino únicamente administrarle y perpetuarle, lo mismo sucede con la democracia ejercida por la sociedad y el individuo. En su forma contemporánea, en las sociedades occidentales, la democracia no es una oposición verdadera a las condiciones de dominación, opresión y reproducción sistémica que arrojan a la especie humana a una situación en la cual su propia supervivencia se encuentra en entredicho. La democracia, tal y como la conocemos hoy, y así como la hemos definido política y jurídicamente, es sólo una técnica más de la producción biopolítica y la dominación a través de los mecanismos del biopoder.

## **Conclusiones**

Las limitaciones de la democracia antes expuestas son sólo una cara de la moneda. El grado actual de desarrollo de las fuerzas productivas, así como su forma particular de red y su centro en la información y la comunicación, ofrece alternativas para las posibilidades de una nueva concepción de la democracia y la reproducción social. En un primer momento, parece necesario considerar como una precondition para la transformación sistémica, la relocalización de las relaciones de producción. Sin embargo, si se planteara una transformación radical y de base de las mismas, la labor no podría ser llevada a cabo. Dadas las condiciones estructurales que hoy persisten, es necesario enfocar los esfuerzos colectivos en los aspectos en los cuales hay una posibilidad de éxito mayor. En desacuerdo con la idea de que en el sistema global contemporáneo no existen más los eslabones débiles, se considera que es, precisamente, en la producción de información y conocimiento en donde un cambio es susceptible de ser realizado. El limitar las perniciosas preconcepciones que sobre el mundo realizan los poderes institucionales globales, y que reproducen al interior del sujeto a través de complejos mecanismos de comunicación e información ampliamente difundidos en el cuerpo social, es una labor que puede realizarse a través de la generación de contenidos informativos y comunicativos alternativos. Si en verdad la red provee una extensión de la noción de lo local, a través de los mecanismos de la virtualidad, puede ser entonces lógicamente considerado que es ahí en donde dicha información alternativa puede ser comunicada. Más aún, si se considera que, ante la emergencia de los riesgos, es la conciencia la que determina al ser, existen entonces amplios resquicios bajo los cuales esa conciencia puede ser activa y voluntariamente modificada. Un primer paso correspondería a la comprensión y difusión de los mecanismos del poder globales. Siendo estos amplios, diversos y numerosos, la labor a realizar es abundante.

Un segundo paso se refiere a la transformación de la concepción de democracia. Ante la liga innegable que existe entre la idea moderna del término y las formas contemporáneas de dominación y poder, es necesario generar conceptos que sean operativos en la labor filosófica y política de perseguir la equidad y la libertad (valores filosóficos que también exigen un análisis detallado a la luz de su historia y su entrelazamiento con las estructuras de poder, labor que excede ampliamente los objetivos de este artículo). Es decir, es necesario considerar a la democracia como algo más que una mediación entre el conflicto de clases, o entre la trascendencia del poder instituido y la inmanencia del poder constituyente. Es necesario, pues, trascender de la idea de pueblo, de nación, de Estado o de cualquier forma de agrupación ideal y trascendente de

organización político-social. El análisis y el desarrollo de los mecanismos inmanentes de construcción democrática que existen o pudieran existir parecerían ser un lugar por el cual dicho trabajo podría comenzar. Habremos de discurrir de lo público a lo común, de las nociones trascendentes al poder de lo inmanente, del dominio a la creación, de la explotación a la voluntad de vivir. El mundo pareciera ofrecernos dejos de esperanza práctica. En Túnez un movimiento casi espontáneo, que correspondería tanto a la comunidad conformada por el riesgo que Ulrich Beck plantea, como a un movimiento democrático de la multitud que definen Hardt y Negri, logró alterar las condiciones de reproducción del sistema en su país, si bien su conformación como movimiento político instituido plantea de nuevo el problema del poder como dominación y represión por encima de una fuerza inmanente de creatividad. En Europa, los “indignados” alzan su voz no contra un régimen, sino contra el sistema en sí. Ésta no puede ser ocultada ni negada. Sus demandas han encontrado eco a nivel global. La multitud, el riesgo y la democracia podrían entrar en una nueva dinámica de creación y cambio a escala internacional. Resta a los especialistas en la materia conducir los análisis necesarios en estos temas, sin dejar de considerar que la labor científica y filosófica tiene un innegable compromiso social que no puede ser negado o soslayado. En este artículo hemos observado cómo la palabra y el discurso son técnicas que tienen la potencialidad de influir decisivamente en la concepción del mundo que los sujetos y las comunidades tienen. Es necesario tomar con responsabilidad dicha posibilidad.

## **Bibliografía**

1. Arroyo Pichardo, Graciela (coord.), *La dinámica mundial del siglo XXI: revoluciones, procesos, agentes y transformaciones*, Cenzontle, México, 2006.
2. Bauman, Zygmunt, *Tiempos líquidos*, Tusquets Editores, Barcelona, 2007.
3. Bauman, Zygmunt, *Vida de consumo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2007.
4. Beck, Ulrich, *La sociedad del riesgo*, Paidós, España, 2006.
5. Castells, Manuel, *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Siglo XXI, México, 1999.
6. Foucault, Michel, *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, México, 2008.
7. Hardt, Michael y Antonio Negri, *Imperio*, Paidós, España, 2005.
8. Hardt, Michael y Antonio Negri, *Multitud*, Debate, Barcelona, 2004.
9. Hobbes, Thomas, *Leviatán, o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980.

10. Mattelart, Armand, *Historia de la sociedad de la información*, Paidós, España, 2007.
11. Moraes, Dênis de (coord.), *Sociedad tecnificada*, Gedisa, Barcelona, 2007.
12. Orozco, José Luis, *Benjamín Franklin y la fundación de la república pragmática*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.
13. Rorty, Richard, *El pragmatismo, una versión: antiautoritarismo en epistemología y ética*, Ariel Filosofía, 2008.
14. Strauss, Leo y Joseph Cropsey (comps.), *Historia de la filosofía política*, Fondo de Cultura Económica, México, 2009.
15. Yehya, Naief, *Guerra y propaganda*, Paidós, México, 2004.

Artículo recibido el 22 de junio de 2011  
y aceptado 27 de septiembre de 2011.